

Colección Leer para Disfrutar

ALBERTO
MASFERRER



En Costa Rica
Notas rápidas

LA NACIÓN

Número 190

₡500



ALBERTO MASFERRER

En Costa Rica

Notas rápidas

LA NACIÓN

Es864.4
M396c

Masferrer, Alberto (1868-1932)
En Costa Rica / Alberto Masferrer. Compilado por Grupo Nación
GN S.A. 1ª ed. - San José, C.R. Grupo Nación GN S.A., 2012.
80 p. ; il. ; 27.5 cm. (Colección Leer para disfrutar)

ISBN: 978 - 9968 - 680 - 39 - 4

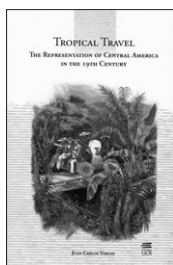
1. Literatura salvadoreña 2. Ensayos
3. Colección Leer para disfrutar

I. Grupo Nación GN SA, Comp. II. Título

© Grupo Nación GN, S. A.
San José, Costa Rica, 2012.

Quedan reservados todos los derechos sobre la presente edición.
Se prohíbe su reproducción sin el permiso previo de la editorial.

Edición número: 190
Diseño: Silvia Solano
Ilustración de portada: Alejandro Segura
Edición: Iván Molina y Diego Jiménez



Las ilustraciones de las páginas 13, 22, 29, 34, 42, 45 y 48 fueron tomadas de *The Representation of Central America in the 19th Century; Facsimiles of Illustrated Texts (1854-1895)* (Editorial de la Universidad de Costa Rica), de Juan Carlos Vargas (excepto la de la página 22, todas fueron realizadas por Ramón Páez en 1858).

Las fotos de las páginas 16, 19 y 24 son detalles de las publicadas en el *Álbum de vistas de Costa Rica* (San José, 1909), de Fernando Zamora.

A mis distinguidos amigos don
Justo A. Facio, don Gregorio Martin
y Ricardo Fernández Guardia.

PRÓLOGO

DE VIAJE CON MASFERRER

El escritor salvadoreño Alberto Masferrer (1868-1932) fue uno de los más importantes intelectuales centroamericanos de su época: muy joven –según las investigaciones de Constantino Láscaris, José Salvador Guandique y Karen Racine– vivió en Guatemala, Honduras y Nicaragua, donde desempeñó diversas ocupaciones, incluida la de maestro de escuela; posteriormente, se involucró en actividades periodísticas y empezó a publicar sus primeros escritos y, ya en la década de 1890, fue designado cónsul en diversos países de América Latina y Europa. La etapa final de su vida se caracterizó por una activa participación política: después de fundar en 1928 el periódico *Patria*, en 1930 fue electo diputado como parte del movimiento encabezado por Arturo Araujo, cuyo gobierno fue derrocado, en diciembre de 1931, por el general Maximiliano Hernández Martínez.

El principal género literario cultivado por Masferrer –quien transitó de un temprano anarquismo a la teosofía y el espiritismo– fue el ensayo y, en este campo, su aporte más destacado fue el concepto de “mínimum vital”, también conocido como vitalismo. La base de esta doctrina, cuyo trasfondo fueron las profundas desigualdades socioeconómicas de las sociedades centroamericanas –en particular, de la salvadoreña–, es que toda persona tiene derecho a la “satisfacción constante y segura” de sus “necesidades primordiales”:

“1. trabajo higiénico, perenne, honesto, y remunerado en justicia; 2. alimentación suficiente, variada, nutritiva y saludable; 3. habitación amplia, seca, soleada y aireada; 4. agua buena y bastante; 5. vestido limpio, correcto, y buen abrigo; 6. asistencia médica y sanitaria; 7. justicia pronta, fácil, e igualmente accesible a todos; 8. educación primaria y completamente eficaz, que forme hombres cordiales, trabajadores expertos, y jefes de familia conscientes; 9. descanso y recreo suficientes y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo”.

El *minimum vital* estaba muy lejos de ser revolucionario; pero aun este limitado reformismo social resultó inaceptable para los círculos políticos y empresariales, en especial después del colapso de la Bolsa de Nueva York en 1929 y del inicio de la crisis internacional del capitalismo. La agudización del descontento social culminó, en El Salvador, en el levantamiento popular de enero 1932, que fue reprimido por los militares con un saldo de miles de muertos, principalmente indígenas. Masferrer, quien desde antes de la caída de Araujo se había establecido en Quezaltenango, fue expulsado de Guatemala por presión de la dictadura de Hernández Martínez, por lo que debió trasladarse a Honduras, en cuya capital falleció el 4 de septiembre.

* * *

La información sobre las estancias de Masferrer en territorio costarricense es fragmentaria y contradictoria: algunos investigadores afirman que su primera visita fue en 1881 y otros que ocurrió en 1885; además, se asevera que, junto con el escritor guatemalteco Máximo Soto Hall, fundó, en uno u otro de los años señalados, el *Diario de Costa Rica*. Las versiones anteriores, sin embargo, no coinciden con la evidencia disponible: el periódico mencionado sí fue establecido en 1885 (primera época); pero por Joaquín Bernardo Calvo, con la colaboración de Juan Fernández

Ferraz, Ángel Anselmo Castro y Rafael Montúfar; a su vez, Soto Hall ciertamente se avecindó en San José, aunque lo hizo alrededor de 1896.

Los datos más precisos que se conocen indican que Masferrer efectivamente estuvo el país en 1885, y que permaneció en él por alrededor de un año; regresó como Cónsul General de El Salvador en 1896 y fundó junto con Ricardo Fernández Guardia, *La Revista Nueva*, y con Anastasio Alfaro, *Repertorio de Costa Rica*; y en julio de 1897, con el poeta Agustín Luján, comenzó a producir el *Diario de Costa Rica* (nueva época), del cual fue coeditor propietario por unos pocos meses. La estancia, en esta segunda ocasión, se prolongó por más tiempo, ya que como lo demuestra el historiador Óscar Aguilar Bulgarelli, en 1900 empezó a publicar en la prensa crónicas de sus experiencias costarricenses, con las cuales elaboró luego un folleto que fue impreso –al parecer– en San José.

El opúsculo indicado es el que ahora se ofrece al público lector, con el propósito de rescatar y difundir un texto de extraordinario interés para la Costa Rica actual; precisamente por esto, conviene aclarar varios aspectos básicos de sus contenidos. Lo primero que se debe destacar es que, durante la visita que Masferrer realizó en 1885, el país experimentaba una fase de bonanza económica, acababa de superar la amenaza de una guerra con Guatemala (debido al fallido proyecto del dictador guatemalteco, Justo Rufino Barrios, de unificar a Centroamérica por la fuerza) y el círculo de políticos e intelectuales liberales, liderados por el presidente Bernardo Soto (1885-1889), se aprestaba a recuperar la memoria de la guerra de 1856-1857 contra William Walker y a llevar a cabo la reforma educativa de 1886, que centralizó y secularizó la enseñanza.

La segunda estancia de Masferrer se caracterizó por un contexto muy distinto: una crisis económica que se extendió por casi una década, debido a los bajos precios del café asociados con la sobreproducción brasileña; además, el levantamiento popular del 7 de noviembre de 1889, que permitió a la oposición desplazar a los liberales del poder, fue seguido por los regímenes

autoritarios de José Joaquín Rodríguez Zeledón (1890-1894) y de su yerno, Rafael Iglesias Castro (1894-1902). La transición a una democracia electoral, con todo, ya estaba en marcha, y se consolidó en la década de 1900, cuando prácticamente todos los varones adultos costarricenses estaban inscritos para votar y el abstencionismo se redujo de casi 60% en los comicios presidenciales de primer grado de 1897 a 28% en los de 1905.

El texto de Masferrer ciertamente incorpora perspectivas que exigen una lectura crítica, dado que apelan a determinismos raciales o geográficos hoy superados, e invocan valores tradicionales, evidentes sobre todo en el caso de las mujeres: confinadas al espacio doméstico y ajenas a los asuntos públicos. El escritor salvadoreño, al igual que otros intelectuales centroamericanos que residían en el país –como Soto Hall–, se identificó decisivamente con el régimen autoritario de Iglesias Castro; sin embargo, eso no le impidió, en el marco de una visión a veces bastante idílica de la sociedad costarricense, señalar algunas de sus debilidades, limitaciones y prejuicios.

8 |

La cercanía con el gobierno y la formación intelectual del autor influyeron en que su narrativa se concentrara en los círculos medios y acomodados urbanos, se refiriera poco a la población rural y dejara prácticamente de lado a los sectores populares, en especial a peones agrícolas y a obreros. Masferrer, en contraste, mostró un especial interés por identificar y comprender las especificidades costarricenses en el contexto centroamericano, en particular las de carácter político; en este campo, sus preocupaciones se adelantaron a las del investigador estadounidense Dana Gardner Munro, quien publicó, en 1918, *Las cinco repúblicas de Centroamérica*, la primera obra de ciencia social sobre el istmo.

* * *

El presente fascículo incorpora dos textos adicionales de Masferrer muy poco conocidos, que fueron publicados el 4 y el 11 de julio de 1897 en el *Diario de Costa Rica*, durante el período en

que fue coeditor propietario de ese periódico. El primero, “En el Parque Central”, presentado como parte de “un libro en preparación”, detalla vívidamente la variada vida animal y vegetal que albergaba ese lugar de San José, tal cual se ofrecía a los sentidos de un solitario y ansioso paseante. “Las quebradas”, en contraste, es una interesante descripción de los viajes por tierra en la Centroamérica de finales del siglo XIX, con algunas referencias a los arrieros y a los peligros ocultos en las aguas.

El viaje al pasado posibilitado por estos textos invita a la sociedad costarricense actual a compartir críticamente las experiencias de Masferrer y, por esta vía, a reconocer cuánto de lo que Costa Rica fue ya no es, y qué permanece de lo era a finales del siglo XIX e inicios del XX. El recorrido llevará a quienes se decidan a emprenderlo por caminos, escenarios y paisajes que resultan, a la vez, extraños y familiares, distantes y próximos, previstos e inesperados. Las presentes versiones, con el fin de facilitar ese periplo, fueron cuidadosamente revisadas: se enmendaron los errores de las ediciones originales, la ortografía y la puntuación fueron debidamente corregidas y se uniformaron las notas a pie de página.

Iván Molina Jiménez
Centro de Investigación en Identidad y Cultura
Latinoamericanas (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica.

I

Este no es trabajo literario. Con el estorbo de tantas sensaciones, extrañas para quien ha vivido ausente mucho tiempo, el cerebro no está para buscar bellezas. Ha de conformarse el lector si encuentra, bajo la forma desmañada, la vida de un país que no conoce y que tan cerca tiene.

No hablo sino de lo que he visto, de lo que sé por observación personal. Así se explicarán las muchas lagunas del librito.

II

Lo que primero se nota cuando se llega a Costa Rica, es aquello que tanto sorprendió a una señora que fue a Europa: “todos los indios son blancos”. En verdad, apenas hay indios, fuera de los degenerados talamanca; salvajes cuyo rey, *El rey Santiago*, llega de tarde en tarde a San José; pobre diablo vestido de persona, que recibe un pequeño sueldo del Gobierno.

No hay, pues, indios. En cambio la negra sangre de África corre abundante y pura en la costa del Atlántico, y aun serpentea bajo algunas blancas epidermis, y forma el ondaje de más de una hermosa cabellera, y hierve en la pupila de muchos ojos cautivantes.

Siete u ocho mil extranjeros, los más españoles e italianos; un diez por ciento entre indios, negros, mestizos y mulatos; lo demás, pura raza española, de Galicia. Así, entre ellos y nosotros hay la diferencia sustancial de la raza.

No se marca bastante esa diferencia mientras se va de Puntarenas hasta Alajuela. Salvo las modalidades características en un pueblo pacífico, ésas y las demás del tránsito son poblaciones centroamericanas. Pero cuando llegáis a la verdadera Costa Rica, es decir, a Heredia, a Cartago, a San José, ya estáis en un pueblo que ni por el clima, ni por la raza, ni por las tendencias es nuestro. Aquella es la Tiquicia pura, cuyo tipo es Cartago; cuya capital es San José unida por ferrocarriles a Heredia y a Cartago, sus dos grandes arrabales, y por carreteras a muchos *barrios* o pueblecitos, retoños que crecen sin alterar en nada la savia del viejo tronco.

Cartago, dije, es el tipo, la ciudad santa; fría, brumosa, quieta; la *noble y leal ciudad* que si ha perdido la supremacía política,

guarda en cambio, la tradición y el espíritu, alma del país todo.

A la diferencia de raza hay que añadir la del suelo, empapado en agua, cruzado y recruzado por ríos y arroyos; con su estación lluviosa de ocho o nueve meses; con su capa de arcilla rojiza, que corre desde San José hasta las últimas estribaciones del Monte del Aguacate, en un espacio de ochenta kilómetros; con su cielo brumoso; con todas estas cosas que, necesariamente, han producido modos de ser, costumbres, tendencias e ideales característicos.

Un cielo que, cuando no está con su ropón de nubes, viste de azul intenso; grandes masas montañosas de verdor insolente; entre los valles, sobre las colinas, recostados sobre los cerros, pueblecillos blancos, limpios, risueños; y en los semblantes, en las voces, en la fisonomía de las cosas, en todo, hasta en el aire, la quietud, la paz germinada por el temperamento, impuesta por el medio, buscada por la convicción, hecha, en fin, casi único ideal del país entero.



Pilando café

III

Hasta hace pocos años, *campesino tico*, y *propietario* eran sinónimos.

Yo mismo alcancé a verlos en sus pequeñas fincas: robustos, sanos, serenamente alegres; con sus anchos y blancos pies, descalzos; vestidos de grueso casimir; atentos con el viajero, afables sin bajeza; seguros del presente y sin cuidados para el mañana.

Ahora, el cuadro ha cambiado.

14 | La crisis que consume a todos estos pueblos, ha llevado la pobreza a sus casitas campestres. A muchos de ellos encontré harapientos, tristes, hoscos, y no he de olvidar nunca a la niñita que salió corriendo tras de mí, antes de llegar a San Mateo, para pedirme una limosna; una *chacalina*¹ de siete años, desgredada, con dos grandes ojazos negros: “señor, mire que soy muy pobrecita; déme siquiera un *cinco*² para comprar pan...”

Los jardinillos que adornaban todas esas fincas, en la gran carretera de San José a Puntarenas, han desaparecido o viven mustiamente. Las flores como los ensueños, se van cuando grita el eterno déspota; la belleza y el pensamiento perecen devorados por el dragón Intestino.

Mas, con todo y esas manchas, todavía el cuadro es llamativo. La gran mayoría de los campesinos conserva sus capitalitos; no han perdido sus inseparables compañeros, los bueyes, y labran siempre la fecunda tierra con sus grandes y pesadas hoces. Aún se ven, los días de *mercao*, bajo las suntuosas galerías del Banco de

[1] Una “bicha” o “zipota”.

[2] Moneda de cinco centavos.

Costa Rica, viejos *conchos*,³ con los cabellos hasta el cuello, llevando bajo el brazo los fajos de billetes; y en la plazuela de la Merced, al pie de las góticas torres, tranquilos carreteros pelando caña para sus bueyes, que van a cogerla de su propia mano.

Estos campesinos son Costa Rica. De los trescientos mil habitantes que el país tiene, unos sesenta mil moran en las ciudades o más bien, tienen casa en las ciudades. Por manera que no excederán de cuarenta mil los que viven del comercio, de las profesiones, oficios e industrias. La gran masa es agricultora y labradora, casi toda ella propietaria; ajena por entero a la política; preocupados no más de que los caminos estén buenos, de que los bueyes estén sanos, de que los yugos sean suaves y consistentes, de que las carretas vayan bien pintadas; de que los surcos corran hondos entre los altos camellones; de que *el grano de oro* alcance buenos precios, y de que las papas sean tan gruesas como el puño.

Su intervención en los negocios públicos se reduce a esto: creen unos que el presidente es *don Próspero*⁴ o *don Bernardo*,⁵ los más avisados saben ya que es *don Rafael*, y no faltan quienes opinen que lo mejor será que siga mandando *don Tomás*.⁶

[3] *Bayuncos*.

[4] Don Próspero Fernández, muerto ya.

[5] General don Bernardo Soto.

[6] Don Tomás Guardia.



Iglesia de La Merced (detalle).
Fernando Zamora, *Álbum de vistas de Costa Rica* (1909).

IV

Como en boceto os he dicho la vida de los campesinos. Si queréis ver ahora la de las ciudades, venid a San José, foco de la vida comercial, literaria y administrativa del país.

Bajamos del tren, y cuando nos hemos librado de los chacalines que nos aturden con sus gritos de ¡melcochas! ¡pacatas!, y de las zalamerías de los negros, que ofrecen “manzana-peras, que dan fuerza y salud” y de los chillidos de los vendedores de periódicos, descendemos por la Avenida de las Damas, alameda bordeada por bonitos chalets, donde vive la aristocracia josefina; por el Parque de la Estación, el Edificio Metálico y el lindo Parque de Morazán, sombreado por grandes árboles, matizado de las flores más raras, con sus primorosos surtidores que saltan de los céspedes verdinegros.

Veréis que la gente va vestida de fiesta: los niños de las escuelas, como en día de examen; las criadas como para cita con el novio; los pollos, peripuestos y almidonados. Pero no hay tal fiesta: esa es la vida normal de San José; la compostura y el lujo, que hay que sostener a todo trance.

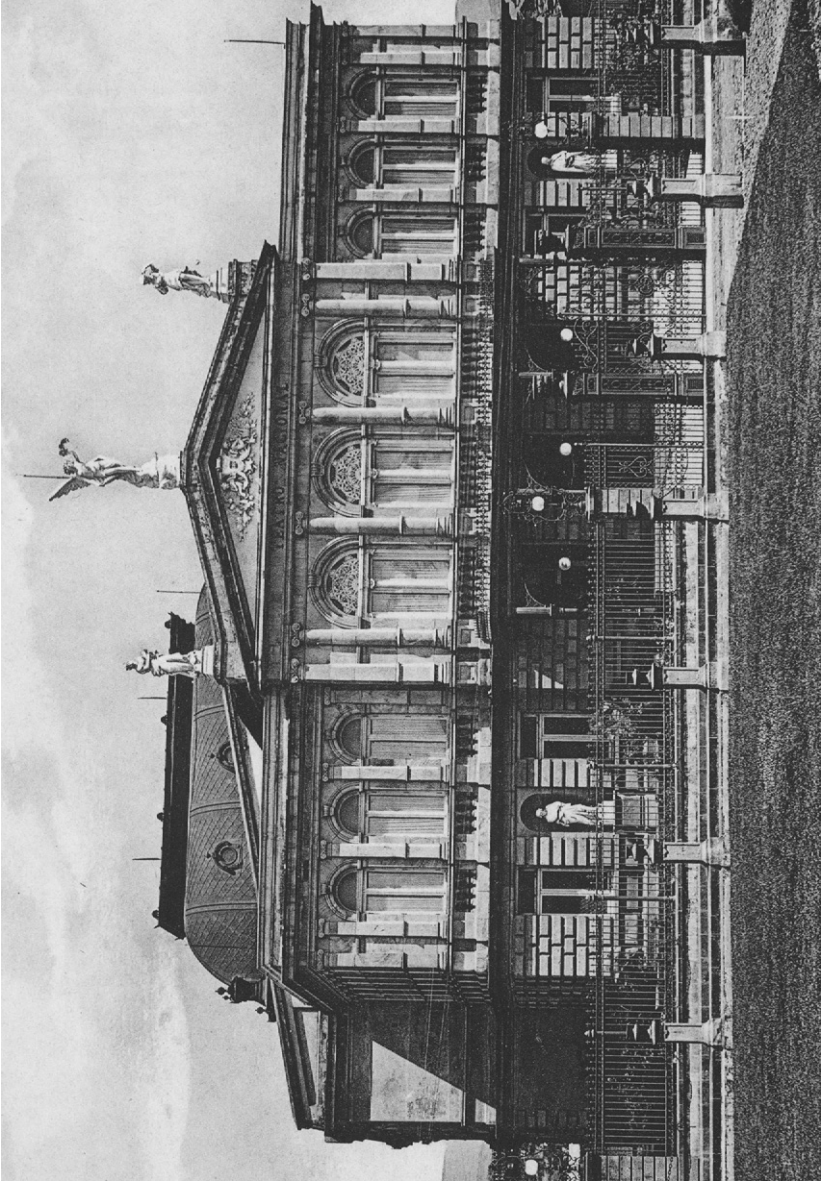
Descansando un rato en *El Imperial*, hotel incómodo y espléndido, iremos a dar un vistazo a la ciudad; a ver el Teatro, holgado para una capital de doscientas mil almas; mezcla de veinte modos arquitectónicos, con su bellissimo tímpano de estilo Renacimiento y sus balaustradas rechonchas; con sus soberbias escalinatas de mármol ambarino y sus estatuas de Beethoven y Calderón, pesadas e inexpresivas; derroche de mármol y granito; gran palacio del arte, donde habría más lujo que arte sino fueran los primorosos frescos decorativos; veremos el Colegio de

Señoritas, de sencilla y elegante fachada; el Banco de Costa Rica, hermoso, frío e imponente, templo del oro, con su ventrudo zócalo, sus galerías laberínticas y sus ventanas de Bastilla; el Edificio Metálico, grande escuela-palacio; el Parque Central, ceñido de higueros frondosos, donde las guaras, las ardillas y los gorriones viven tranquilos y respetados; visitaremos el Manicomio, entre amplios jardines cultivados por los mismos dementes, cárcel suntuosa y bella donde los pobres cerebros enfermos encuentran todo recreo, y que sería un paraíso sino faltara allí el pájaro del pensamiento; iremos, en fin, a La Sabana, gran parque natural de treinta manzanas de extensión; al Museo, rico en curiosidades arqueológicas y en colecciones de aves; a la Escuela de Bellas Artes, poseedora de unas seiscientas reproducciones en yeso, traídas de las mejores casas europeas. Si estáis cansados, iré yo solo a ver La Merced, templo gótico, de gótico puro, ya para concluirse, y que será uno de los muy pocos de Centroamérica que no inspiran la idea de bailar un zapateado o de cantar unas seguidillas.

18 |

En esos edificios, en esos parques, en los almacenes desbordantes de objetos de lujo, en los trajes, en los hoteles, en las costumbres, en todo, notáis que este pueblo va casi siempre más allá de sus fuerzas; que esta ciudad quiere ser europea. Y si decís que tan desapoderado anhelo ocasiona derroches, yo respondo que sí; pero que también produce triunfos. Si el Teatro es un alarde carísimo, la Oficina de Estadística, perfectamente organizada, hace que se olvide aquel derroche; si el Edificio Metálico importa un millón, consuela saber que en muchas poblaciones el mejor edificio es el de la escuela; si las Casas de Corrección resultan onerosas, el Registro de la Propiedad resulta admirable; si gastan demasiado en vestirse, se esmeran por todo extremo en asearse.

Y, hecha la suma de los aciertos y los yerros, el saldo es en favor de la cultura; como que, en efecto, aquel pueblo ha hecho dos veces más de lo que permiten sus recursos.



Teatro Nacional. Fernando Zamora, Álbum de vistas de Costa Rica (1909)

V

Unos rasgos más de los josefinos.

Ir a Europa, siquiera una vez en la vida, es para ellos, como para los árabes ir a la Santa Meca.

Los que pueden hacen el viaje año por año, estudian allá las costumbres, la vida social más que todo, y vienen a copiarla en San José. Muchos de esos que cruzan frecuentemente el Atlántico, no han visto jamás *los Estados*, ni desean verlos.

Este amor a las cosas de los europeos se refleja perfectamente en la consideración, en el cariño de los costarricenses para con las colonias extranjeras; y de tal manera comprenden éstas que allí están en su propia casa, que, a la hora de un conflicto, hacen causa común con los naturales sin reservas de ninguna clase. Así se vio cuando Costa Rica y Nicaragua estuvieron a punto de una lucha, que todos, incluso los chinos y los húngaros, ofrecieron sus bienes y su persona.

VI

Si queréis poner casa en la capital costarricense, habréis de ir, por fuerza, al Bazar de San José, grande almacén de muebles, dos o tres veces por año inundado por la industria europea. En dos horas sacaréis de allí sobrado para montar un palacio; desde los felpudos hasta los cuadros; desde las escobas hasta los espejos de Venecia; desde las marmitas hasta los jarrones de porcelana china; desde las cestas para los papeles rotos, hasta los más caprichosos bibelots. No falta nada: podéis tomar una casa por la mañana, y dar en ella una recepción por la noche.

Claramente, el arte y el buen gusto ganan; pero la industria nacional pierde. Y, en efecto, no hay industrias sino escasas e incipientes; pero ellos estiman que bien se compensa esa falta con la sobra del grano del cafeto, naturalmente exquisito, y hecho excelente por el esmerado cultivo y el cuidadoso beneficio. Con eso, y el banano, que se exporta ahora en remesas diarias de treinta a cuarenta mil racimos, vive Costa Rica, olvidada de América, fija la vista en Europa, pensando un poco en Chile, y acogiendo con cierta sonrisa cortés y diplomática los ideales que a nosotros nos son tan caros.



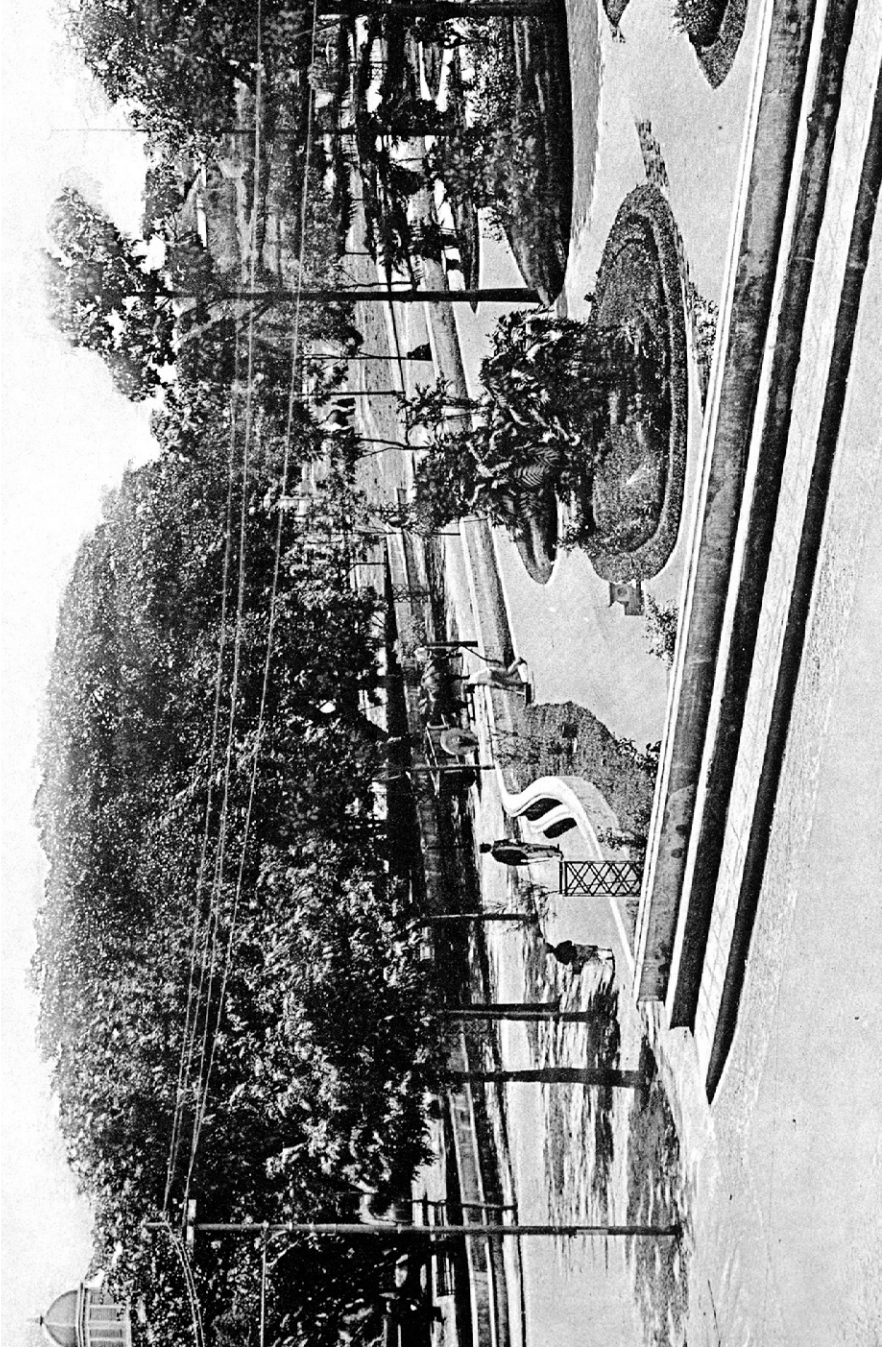
Cogiendo café

VII

La vida diaria, hela aquí: nos levantamos entre seis y siete de la mañana; inundamos las barberías, donde, mientras nos afeitan y nos enlustran el calzado, damos un vistazo a los periódicos. Luego, a las oficinas y a los negocios, hasta las diez, hora de almorzar.

A las doce, de nuevo al trabajo hasta las tres. Por la tarde, al recreo en el Parque de Morazán, o en carruaje a La Sabana. Entrada la noche, a los corrillos de la Avenida Central, bajo la fina lluvia, entretenidos ante los escaparates o a la puerta de las tiendas, en espera de las lindas compradoras. Alguna frase contra el Gobierno, suavemente sarcástica; planes para que indulten a los emigrados, sean quienes fueren; proyectos de paseos; comentarios sobre el *foot-ball*; preocupaciones sobre el alza o baja de los cambios; a cómo están las letras, y tal cual juicio sobre el último libro de Paul Bourget o Catulle Mendès.

En fin, a los ocho, flamantemente al teatro, donde, entre el triunfo de las sedas y de los diamantes, revolotean quizá los pensamientos de un extraño que sueña con el ardiente sol de Cuscatlán, generador de ideales tan quijotescos... pero tan hermosos...



Parque Morazán (detalle). Zamora, Álbum de vistas de Costa Rica

VIII

Un paréntesis. Estas notas, por rápidas que sean, forman un conjunto. Una sola, no es nada; todas ellas, son un libro. Y un libro debe juzgarse en conjunto, como se juzga un templo y como se juzga una montaña.

Posible es que las gentes que ven en la revolución y en la guerra los mejores remedios para los pueblos, encuentren algo de pueril y hasta de ridículo en esta pintura mía de un pueblo que no es ni guerrero ni revolucionario.

Pero yo, que hago el libro, soy de otras ideas, y me recreo pintando esas ignorancias de la política, esas indiferencias por todo lo que no sea el trabajo, esos instintos pacíficos y ese camino de evolución, que llevan, lenta pero seguramente, al bienestar y a la cultura.

Fervorosamente creo en las influencias poderosísimas del clima, de la raza y de la educación. Un pueblo, como un individuo, como una planta, es un organismo. Así, cuando yo refiero que el país de Costa Rica va por senda diversa de la que nosotros recorreremos, y tiene otros ideales, y tendencias diferentes, no hago sino consignar un hecho, sin alabanza ni censura, como si dijera que un pino crece y vive conforme a las leyes de los pinos; en lo cual, los cedros y los robles y los pinos discretos, no verían ni elogios ni censuras. Y más allá: si yo fuera estadista; si entendiera de achaques de política, y hubiera de intervenir en asuntos internacionales -digamos una confederación, por ejemplo- más que al entusiasmo, más que a generosas abstracciones, confiaría el éxito al estudio profundo, al conocimiento de la íntima constitución de los pueblos; ni más ni menos que un jardinero

entendido en injertos.

Forjador de versos inofensivos y de historietas inocentes, nada sé de tales honduras: cuento lo que he visto, digo lo que pienso, y juzgo según mi temperamento y mis ideas.

Tomen nota de estas explicaciones mis amigos lectores, y sean servidos de aguardar a que termine mi librito, para que examinen si hay fidelidad en el retrato que estoy haciendo.

IX

Sea orinecida por el desprecio la pluma que no sepa rasgurar un lindo torso de mujer, no beba inspiración en el incendio de unos ojos, ni halle serena gracia en el ondeante ritmo de una cabellera.

¿Cabelleras? Luengas y espesas y desbordantes son las que negrean sobre aquellas mórbidas espaldas, o triunfan con el brillo apacible del castaño. Alguna es crencha de oro; todas ellas extrañas al degradante auxilio del cabello postizo.

Ahora, yo no sé si las ticas son señoras de la belleza; pero respondo de que son adorables. Ese cuidado minucioso y constante de la persona; ese arte profundo del afeitte; esa coquetería sutil de que las parisienses tienen el cetro y en que las josefinas son maestras, no da lugar a la vista más penetrante y curiosa a que se adueñe de la verdad. En esa raza predominan la sanidad y la robustez. El aire mordiente atersa el cutis, da a la mejilla tonos sonrosados, y a los labios la sangre bullente de las fresas.

El horizonte reducido y el cielo brumoso, no permiten al ojo esta honda mirada de las cuscatlecas; mas, en cambio, son aquellos ojos suavemente lánguidos, risueños y traviosos, y acarician con el fulgor tranquilo de Venus matutina.

Miradlas en la casa, afanadas en dar a todas las cosas el aspecto más elegante y más sencillo. Su mano ha hecho de cada habitación un relicario, en donde las flores son los adornos más preciados.

Rosas de mil clases, rarísimas begonias, parásitas increíbles; una incontrastable pasión por las flores, que ha hecho de San José

la ciudad de los jardines.

No la encontraréis empeñada, como entre nosotros, en ayudar a su compañero en la lucha por la vida. No está en la tienda, ni trafica de pueblo a pueblo, ni labora para la industria. Eso, para el hombre, que extiende sus faenas hasta el servicio de las pulperías. Pero cuando éste vuelva del trabajo, allí encuentra esa gracia del hogar, esa compostura y limpieza que tan dulce vuelven el descanso.

No habla de política; no es literata (mi más cordial enhorabuena, señoritas); toca, dibuja, lee, canta lindamente, y piensa siempre, como si fuera una flor o un pájaro, en sus pájaros y en sus flores.



Bellas de Esparza

X

Ya veis: las flores, los pájaros, la música, la esmerada compostura del traje, las fiestas; todas las inclinaciones naturales en un pueblo pacífico y sin preocupaciones, donde el odio generado por las revueltas no rompe la concordia de las familias, ni la miseria asperece los ánimos.

30 | Pues llevad a este pueblo a un caso de guerra extranjera, y lo hallaréis presto, tanto como es sordo a las revoluciones. El fenómeno es hartó conocido. Como en las ciudades griegas, se siente el peligro inmediato de los intereses individuales. Los invasores estarían a la puerta de todos los hogares; la tea incendiaria amenazaría lo mismo a los palacios que a las cabañas, y no habría más riesgo para los soberbios corceles del magnate que para los bueyes del campesino. Esa población aglomerada en el centro del país, viene, pues, a ser una familia, y, caso de conflicto, la idea de patria surge en todos los cerebros bajo su más visible forma: los ganados, robados; las casas, incendiadas; las sementeras, abandonadas; la mujer y los hijos, expuestos a toda clase de ultrajes.

Así es como, a la llegada de los filibusteros, se lanzan, casi solos, inciertos sobre el auxilio de los otros Estados, sin armas, ignorantes de la guerra, a una lucha que fue realmente heroica.

Así es como, en época reciente, no ha faltado uno solo al llamamiento del Gobierno, y cómo éste ha podido contar con la colaboración de sus más rudos enemigos.

Un pueblo así no puede correr aventuras: para él una guerra es la ruina; si es inevitable, irá en masa; pero la esquivará hasta donde le sea posible.

Luego, otra cosa: ¿cómo equipáis a un soldado salvadoreño?

Con un rifle; provisiones, si las hay; abrigo, el que se pueda. A todo evento, el aire basta para arroparle, y su sobriedad increíble se contenta con una tortilla o con un *totoposte*. El camino de la frontera está sembrado de pueblos y caseríos, y en cualquier parte hallaría un pedazo de queso, o las sabrosas frutas que son nuestro pasto favorito.

No así el costarricense. Más allá de Puntarenas las poblaciones escasean, los víveres faltan, los caminos son duros, las lluvias copiosísimas. Por fuerza hay que equiparlos con esmero, y movilizarlos con una previsión carísima. Frazadas, tiendas de campaña convoyes de víveres, vestido, calzado, catres de mano para los oficiales, y hasta buques de transporte si se quiere acortar el camino.

Yendo a la frontera colombiana, las dificultades crecerían. Como veis, una guerra en esas condiciones es un lujo demasiado caro, y jamás se hará por capricho.

El valor es dote universal en Hispano-América, y no hay que pensar si en el combate serían denodados. Por mí, tengo presentes aquellos batallones tan altos, tan vigorosos, tan macizos, y juzgo que, tras pocos meses de fatigas, endurecidos por el sol, la lluvia y las balas, serían temibles soldados.

XI

Los que hayan leído atentamente las páginas anteriores, comprenderán sin dificultad la natural repugnancia de ese pueblo a mezclarse, aunque sea indirectamente en los asuntos de sus vecinos. No andaría uno más desconfiado y avizor en un almacén de materias explosivas que ellos en el laberinto de nuestra vida política, y tal como el dueño de una preciosa casa, hecha de madera, teme a cada instante que una chispa prenda en ella el incendio, así temen ellos que el contacto con nosotros les lleve las revoluciones, que destruirían en poco tiempo el edificio que la paz y el trabajo han levantado.

32 |

Esa desconfianza les ha llevado a tener de nosotros, los demás centroamericanos, una idea errada, pues, en efecto, no ven que al lado de nuestras revueltas y de nuestro espíritu belicoso, hay un exceso de vigor y un poder de iniciativa extraordinario, que harán de estos países pueblos cultísimos, cuando pierdan un poco de su natural turbulencia.

Un rasgo bastará para que veáis en qué falso predicado nos tienen: fui yo de examinador a la Escuela Superior de Varones de San José, y hube de insinuar que se preguntara de geografía centroamericana.

Un desastre: el alumno, muy aprovechado por cierto, no se vio jamás en apuro tan grande.

—Vamos, niño, no tenga usted, miedo; diga las producciones de El Salvador.

—Hay algunas plantaciones de café... frijoles... y ya se empieza a cultivar el maíz y el arroz.

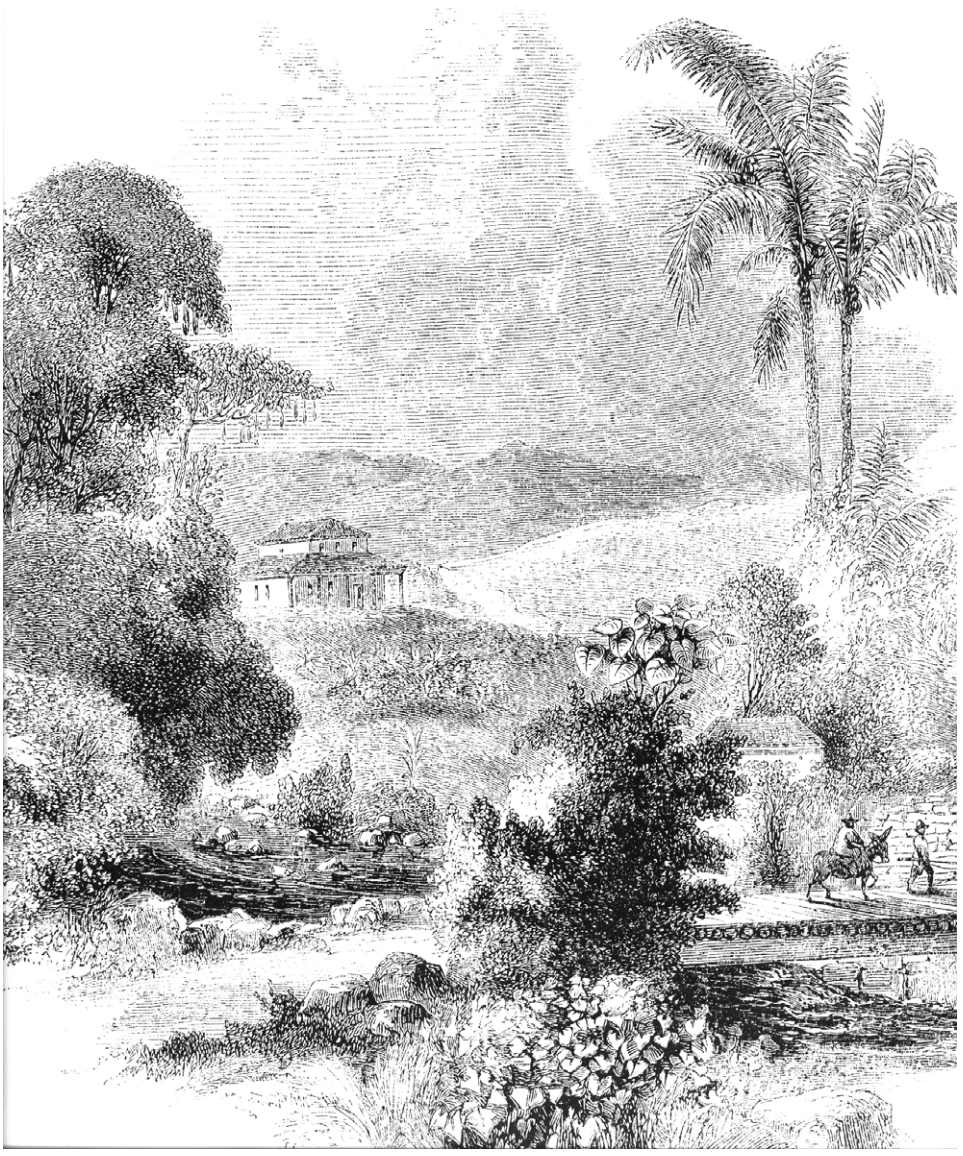
—Conque sí, ¿eh? ¿Y los ríos?

—Los ríos... los ríos... el Jiboa... el Patuca y el Usumacinta.

Luego se habló de Honduras, de Guatemala y de Nicaragua, y tuve el gusto de ver que los salvadoreños éramos los mejor atendidos.

Como yo tengo manía por las cosas de Centroamérica, no quedé corregido, y no hace aún tres meses, pedí a un joven que se examinaba de bachiller, noticias de por acá. Todavía no me deja el remordimiento; porque el muchacho, que *se lució* en todo lo demás, no supo decirme sino que el Momotombito era el volcán más alto de El Salvador, y que el más grande río de Guatemala era el *Milañona*.

¿Alguno de ustedes sabe dónde vive ese caballero Milañona?



Casa de la hacienda Navarro

XII

Sí señor, el río Milañona.

Hablando de otras cosas, el escolar que dije, me hizo sabedor de que había en Cuscatlán algunas líneas telegráficas, y hasta favoreció mi orgullo patrio, concediéndome que teníamos en la capital, nada más que en la capital, un teléfono.

Salí del examen a morirme de risa, porque no era para menos.

¡Y yo, que durante seis meses había estado publicando en los diarios, revistas de El Salvador, en las que hablaba de tantas interesantísimas cosas nuestras!

Habladle, pues, de unión a un pueblo que no sabe de nosotros sino que cosechamos arroz, maíz y revoluciones, y admiraos de su empeño en retraerse de Centroamérica y en buscar por todos los caminos la influencia europea.

Realmente, Costa Rica no es centroamericana sino como hecho geográfico.⁷

[7] El actual Subsecretario de Instrucción Pública, don Justo A. Facio, ha tomado verdadero interés porque en las escuelas y colegios se estudie a fondo la Geografía y la Historia de Centroamérica. Su convicción de patriota y de hombre entendido en la enseñanza es tan acertada y tan firme, que hizo suspender a mediados del año escolar los estudios de Historia y de Geografía Universal, para que los alumnos se consagraran al aprendizaje de esos ramos, en lo que se refieren a Centroamérica.

XIII

-Costa Rica no necesita literatos sino agricultores. Brazos para laborar nuestras tierras, y no artistas.

Así me decía, hace más de tres años, un notable abogado de San José, y su opinión era, precisamente, la de casi todo el gremio de académicos.

—Este país era dichoso; vivía tranquilo, y rico. Pero desde que aparecieron los periódicos y la gente que hace versos y artículos, se está echando a perder. Esa es la causa de que haya *revoluciones* y crisis.

36 | Palabras de un médico, que mi vanidad de hombre de letras escuchó, hará unos tres meses, con valor y resignación estoicos.

—En arte no existen circunstancias atenuantes, ni deben apreciarse más que los resultados. Si un verso es malo, poco importa que el autor sea joven y bien intencionado. Los disparates son siempre disparates.

Doctrina del doctor Zambrana, enraizada en muchos cerebros, y que se aviene perfectamente con el carácter nacional.

—En literatura no queda nada por hacer. La novela, el drama, la epopeya, el género lírico, el cuento, la comedia, todo está hecho, y hecho magistralmente. Así, en vez de perder el tiempo en escribir necedades, vale más emplearlo en estudiar las obras maestras.

Enseñanzas de un joven y sabio profesor que ejerce grandísima influencia en la juventud estudiantil.

Pues amigos, vosotros los buscadores de la gloria, que por ir de bracero con Apolo escribís gratis en los periódicos, habéis de pensarlo tres veces antes de ir a que os coronen en la Tiquicia, porque vive Dios que allá no se improvisan reputaciones.

Pero ni ese elogio de pacotilla, que nada cuesta y con el cual nos satisfacemos aquí. Y vocación, y valor, y devoción y abnegación se requieren para no dar al diablo con las musas, cuando se oyen a cada momento esas paternales advertencias: en literatura todo está hecho... En arte no hay circunstancias atenuantes... Desde que hay periódicos hay crisis... Brazos y no literatos.

No queda ni el recurso de acudir al Gobierno para que a su costa, dé forma a vuestro pensamiento en hermoso papel satinado y en tipos elzevirianos.

Alguna vez, muy rara, se condeule de nuestra inquietud creadora y nos abre las puertas de la inmortalidad, o sea las de la Imprenta Nacional; pero cuando uno está más contento, recogiendo las hojas divinas del laurel para forjarse una coronita, recibe un mensaje en que le dicen “que no permitiendo el estado del Erario &.,&... continuar por ahora &.,&...”

Señor Pedro Gringoire, daos por advertido, y no salgáis del palacio Borbón, donde alguno habrá que oiga hasta el final vuestro misterio, aunque luego resulte que se ha dormido a los primeros versos.

XIV

Con todo eso, amigo Gringoire, si quiere usted leer, váyase por aquella tierra iliterata; lléguese por aquellas librerías donde no hay libro bueno que no se encuentre, ni lujosa edición que falte para recreo de la vista y del espíritu.

Todo Hugo, Rabelais, Taine, Macaulay, de Lisle, Carlyle, Goethe y Heine; los griegos, en ediciones económicas francesas; el arsenal completo de Schopenhauer, los clásicos ingleses, la biblioteca entera de Rivadeneira. La masa, claro está, se deleita con el admirable Ponson du Terrail y con el exquisito Montepin; mas los escogidos leen de veras, y a la mano tienen las grandes producciones del ingenio humano.

Leer sí, producir no. Y de nada sirve escandalizarse; porque el temperamento y los ideales son distintos, y porque sería aventurado afirmar que andan descaminados.

Esa gente que vive familiarizada con los grandes autores, y que no admite circunstancias atenuantes, rara vez se fijará en una producción vuestra, como no llene la medida que ellos exigen, ni verá en los periódicos sino un medio de saber, en primer lugar, lo que ocurre ahí en casa, entre la familia, y en segundo, lo que pase fuera, siempre que sea muy importante, es decir, que suceda en Europa o en Chile o en la Argentina. Los periódicos resultan, de esa manera, sin interés para leídos fuera de casa. ¿Que el general Fulano ha salvado a su país, que el otro acaudilla la revolución número seiscientos, que aquél acaba de obscurecer el nombre de Bonaparte? Poco importa. Hay que hablarles del Transvaal o de Dreyfus; de cosas de grande sensación para despertar su interés.

La oratoria no cuaja. Todos van a oír las conferencias de Zambrana; muchos, a las arengas de tres o cuatro abogados que han hecho sus buenos estudios de oratoria forense; fuera de eso, no hay quien haga discursos ni quien los oiga.

En ese medio tan falto de incitantes, aparecen, de tarde en tarde, un lingüista que se llama Gagini, un cincelador del verso, que es Facio; un prosista, que es Fernández Guardia, un profundo y delicado temperamento de artista, que era Pío Víquez.

Pocos son. Pero son.

XV

Todo tiene sus compensaciones.

Ese pueblo que tan poco se cuida de avanzar en la literatura, piensa constantemente en la organización de su hacienda, en administrar bien sus rentas, como si estuviera seguro de que tras de la prosperidad económica han de venir todas las prosperidades.

Duro es el camino, y caros le han costado y todavía le cuestan algunos extravíos; mas, verdaderamente, es aquello un paraíso, el paraíso de los empleados.

40 | El primero de cada mes, cobran los que ganan menos de cincuenta pesos; el dos, los que ganan de cincuenta a ciento; el tres, los que pasan de un centenar. Cobran, en el sentido honesto y castizo de la palabra.

Si es usted empleado, digamos de cien pesos, el primero del mes tendrá la dulce satisfacción de que su jefe de oficina le llame a firmar un talonario, y le entregue un giro en esta forma: “El Banco de Costa Rica pagará a la vista, y a la orden de Fulano, la suma de *cien pesos* que ha devengado por tal cosa”.

Ese giro tiene ya el sello y la firma del Ministerio respectivo, más la firma y el sello del Ministerio de Hacienda.

Lo guarda U. en su cartera, o lo acaricia tiernamente entre las manos, y se va con él a la oficina del Sello Nacional, donde se lo resellan en un periquete, y ya es dinero contante, sonante, de novecientos milésimos de fino, limpio de polvo y paja, *a la orden y a la vista*, sin más trámites ni garambainas.

Si su señoría tiene prisa, y no quiere ir al Banco, lléguese a un almacén, y se lo cambiarán, a la par, honradamente.

Así es la cosa, y así es siempre.

Por lo menos, yo no he visto que los pagos se retrasen un solo día, ni cuando el conflicto con Nicaragua, cuando echaron la casa por la ventana en compra de galletas, fusiles reformados y lujosos arreos de combate, que servirán cualquier día del siglo XXI. Magnífico. Por tal de que los pagos no sufran demora, ya puede la guerra, allá y en todas partes, aguardar a la consumación de los siglos. Así tienen la honra de opinar cuantos mantienen relaciones con el Erario.



Mercado en Puntarenas

XVI

Vaya, pues. No hay sino cerrar las maletas y enderezar el rumbo a la tierra de promisión... de los empleados. Solo que el viaje os ha de resultar carillo, algo más que si fuéramos a California. Pero viajáis de pobre, es decir, al amparo de ese arte precioso que consiste en comer lo que depara la Fortuna, en beber lo que brindan *las claras fuentes y corrientes ríos*, en dormir acariciado por el fulgor de las estrellas. A ratos a pie, a ratos andando, o bien, aprendiendo el oficio de tejedor sobre uno de esos jamelgos que sus dueños bautizan con los nombres de *Rayo, Pájaro, Huracán* o *Centella*.

| 43

El que yo traía, porque así es la verdad, pese a mis piernas, no era de romántico nombre sino del que llevó su primer dueño, que se llamó *Rodríguez*. Allá, por esa hermandad que se establece entre el animal y el hombre, y que es una revelación profunda y tierna de la Naturaleza, los animales toman muchas veces los nombres de sus dueños: de modo que os encontraréis a lo mejor, caballero sobre un *Pérez*, sobre un *Martínez* o sobre un *don Antonio*.

No hicieron otra cosa los hindús, ni fue otra la confraternidad de las persas, que llevaron a sus perros hasta más allá de la muerte.

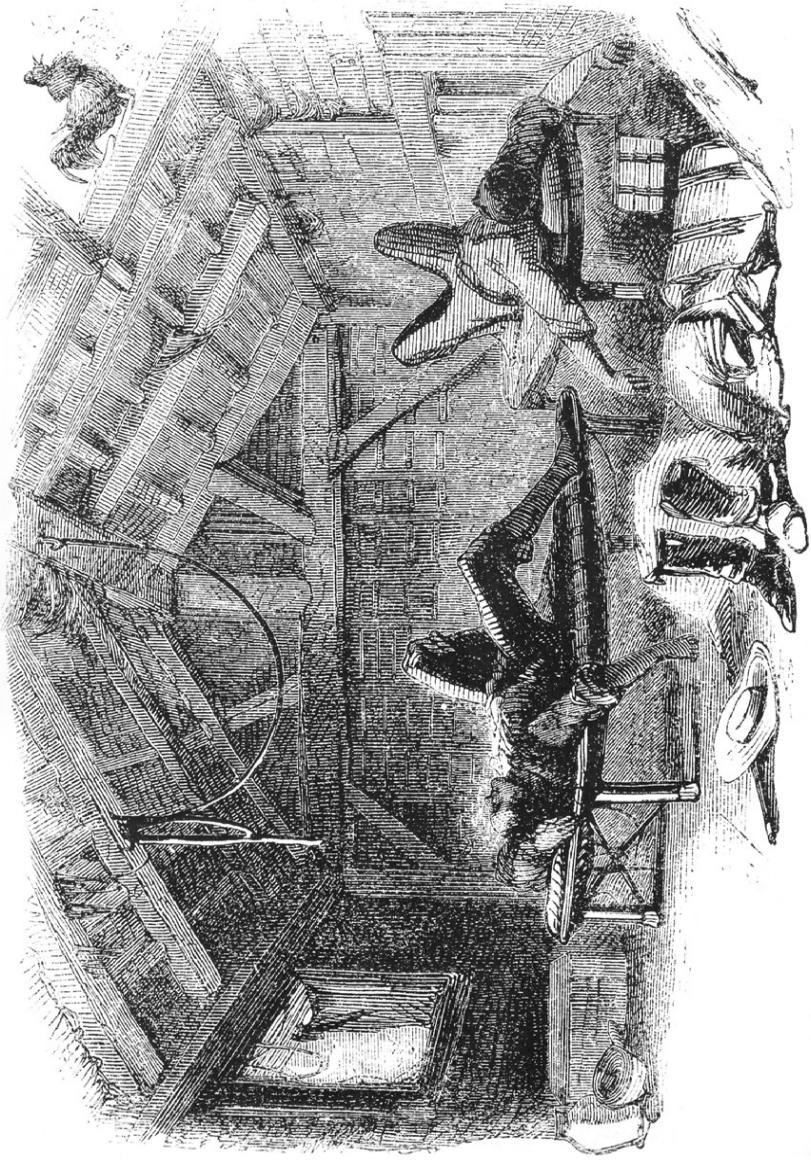
Con que, ya llegamos, y no falta sino irse a los de arriba, con buenas cartas de recomendación, y esperar.. a que uno de los empleados tenga el antojo de morirse, que no es fácil; o de fastidiarse de su empleo, que es más difícil.

Por manera que las esperanzas de colocación, que por la mañana fueron *pompa y alegría*, a la tarde serán *lástima vana*...

Yo me coloqué. Porque tenía cierta influencia. Porque generosos amigos me ayudaron. Porque fui paciente. Y porque mi antecesor, un anciano maestro, dio en enfermar primero y en morir al cabo.

No hay siquiera que decir que un empleado nuevo va a ser sustituido a causa de su impericia. Lo dejarán, ahí, uno, dos, tres años, para que aprenda, con sólo que le conozcan esfuerzo, y no hay zote que no deje de serlo con ensayos tan largos.

Lo que significa para el orden y el acierto esta inamovilidad de los empleados, es incalculable. Sin contar que la dificultad de conseguir un empleo, lleva las actividades a buscar otros campos, donde se forman para buenos agricultores y artesanos excelentes, los que hubieran sido oficinistas dormitantes o ineptos.



Pasando la noche en Esparza

XVII

Más de un lector estará impaciente, deseando interrumpir mi narración para decirme si entre las notas del paisaje no se descubre acaso la que es vida y realce de todo cuadro, el astro libertad, sin cuyos resplandores los paraísos son infiernos y los oasis parecen tan desolados como los arenales.

Y ¿cuál libertad, si gustáis?

¿La que os permite elegir alcalde y juez de paz, pronunciar arengas en la plaza pública, rabiarse en un periódico porque sí o porque no, hacer presente vuestro deseo para que éste sea presidente y aquél diputado?

¿O la que garantiza vuestra propiedad, y hace sagrada vuestra vida, y guarda vuestro trabajo, y os pone a cubierto de todo ultraje; la libertad individual, en fin?

Pues, quien entienda como imposible vivir si no vota y elige, y habla y escribe, y va y viene entremetido en todos los asuntos públicos, no tiene para qué ir a Costa Rica. Más o menos, al fin es América, y ella, como sus hermanas, ha de andar muchos siglos antes de ser Suiza o Inglaterra.

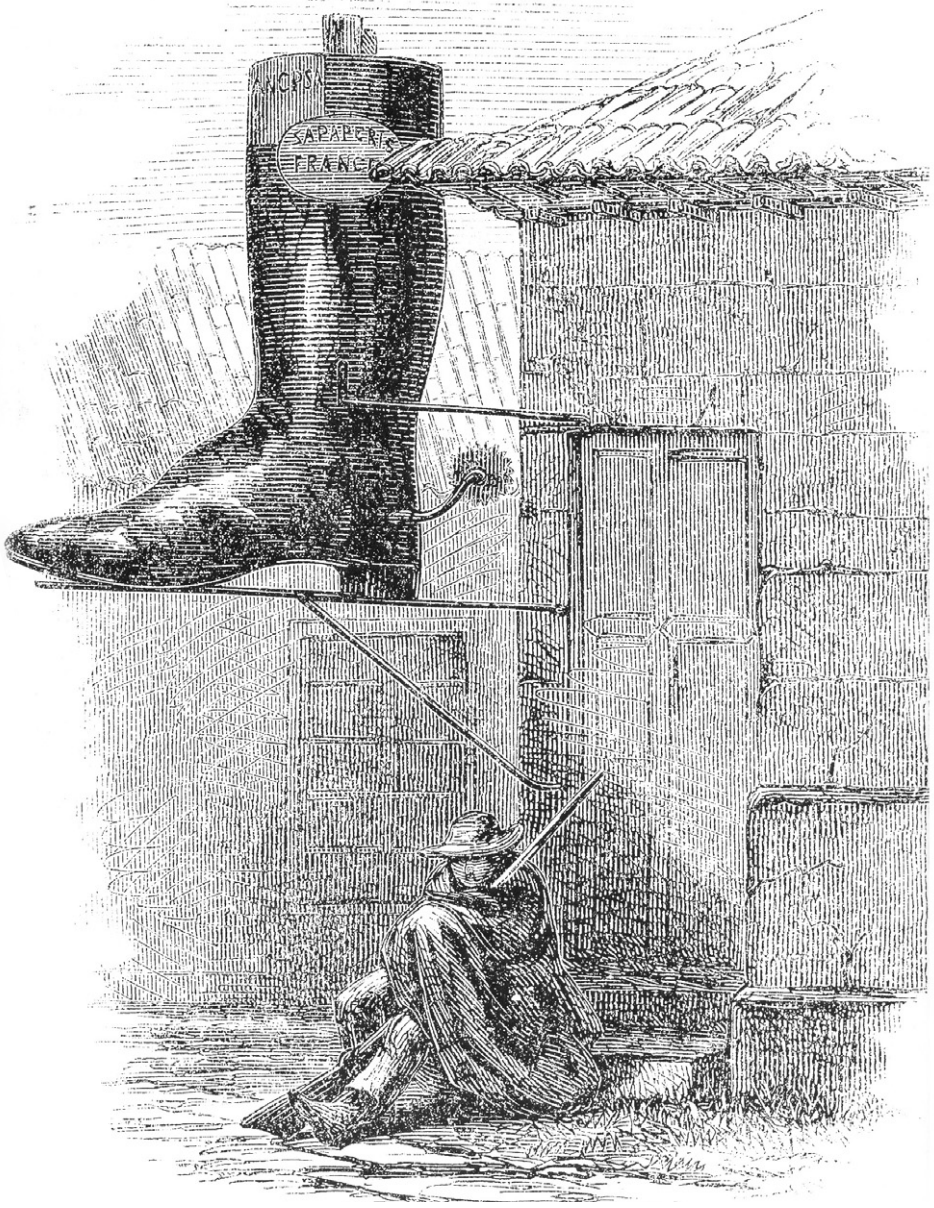
Mas si suspiráis por trabajar tranquilamente; sin que la policía allane el hogar; sin que la guerra devore la sangre y el dinero; sin que el empréstito forzoso consuma lo que dejó la guerra; sin que vuestro criado de ayer, hecho hoy poderoso, use de su poder y de su autoridad para vengarse de haberos servido; sin que se os fuerce a ser amigo o enemigo de *la situación*, si aspiráis, pues, a ser un trabajador con amplísimo y libre campo para desarrollar vuestras actividades, id allá, que hallaréis cumplidos vuestros anhelos.

Porque ellos, ya lo he dicho, no se preocupan grande cosa de la libertad política. Y como faltan las resistencias, las tiranías son suaves; y como no hay el perpetuo amago de las conspiraciones, los gobernantes no son recelosos ni crueles, y tienen vagar suficiente para perseguir lo que miran como prosperidad pública; y como no hay cortesanos, las intrigas no medran, ni el favoritismo prepondera; y como no hay guerras, el militarismo no priva; y el mandatario, que no ve por todas partes enemigos, respeta, y considera, y aun atiende a sus adversarios. Y así va el país, lentamente, seguramente, alcanzando bienestar y cultura; civilizándose por todos conceptos, lo mismo en los que mandan que en los que obedecen.

Por esta senda sin precipicios de la evolución, han alcanzado ya la más hermosa de las conquistas, cual es la de abolir el cadalso civil y político.

No hay pena de muerte. Si mañana, un gobernante enfurecido quisiera resucitarla para el más temible e irreconciliable de sus enemigos, toda esa gente que no le ataca por la prensa, que no le disputa en los comicios, que no le estorba en la tribuna, iría en masa a desviarle de su propósito, y al empuje del clamor universal y continuo, suave y firme a la vez eco de la nación entera, cedería su cólera y se aplacaría su resentimiento.

A menos que no fuera un monstruo. Pero los monstruos no llegan al poder ahí donde el torbellino de las revoluciones no los encarama.



Zapatería francesa

XVIII

Garantía para la vida, garantía para la propiedad. No es el ideal, pero está muy cerca de serlo.

El respeto a la propiedad tiene raíces tan hondas, que tal vez no sean más profundas en ningún pueblo de la tierra. Podéis recorrer todo el país, sin llevar un arma; dormir descuidado en las posadas, que no se pierde nada; encomendar a un peón vuestras valijas, seguro de que las recibiréis intactas.

Muchos no lo creerán; pero así es. En San José, las puertas no tienen más que llavines, y uno de ellos puede servir para muchas casas. Esas cerraduras de fortaleza, tan comunes en Guatemala y San Salvador, son allí desconocidas; y en el bolsillo del chaleco lleva uno todos los cerrojos de su casa.

Es curioso ir de paseo por la ciudad, pasada media noche, y ver los grandes escaparates de los almacenes, con las maderas recorridas; tan frágiles que un puñetazo bastaría a romper los vidrios. Pero nadie da el puñetazo.

¿Es virtud? Es, me parece, el resultado natural en un pueblo en que todos son propietarios, donde la miseria no existe, donde la dignidad que trae la posesión, especialmente la posesión territorial, ha encarnado en el carácter y hecho despreciable el adquirir sin lucha.

Si faltan los atentados contra la propiedad y la vida, ya se trasluce que la criminalidad de todo género, es bien escasa.

Discurriendo sobre qué podría enviar Costa Rica a la próxima Exposición Universal, un extranjero conocedor del país, insinuaba que se expusiera la *estadística criminal*. Y en verdad, no podría mostrarse más honrosa y segura prenda de la cultura de aquel país.

XIX

Basta. El sol de Cuscatlán me está llamando; falta a mi sangre su caricia de fuego; piden mis nervios el azote de las cálidas brisas; mis ojos se van tras de las cimas coronadas de llamas, y mi cerebro quiere ir allá donde los corazones y los cerebros son como los volcanes, hirvientes.

País suave, tranquilo remanso de este alborotado mar del Istmo; pueblo de la concordia y del trabajo; país ingenuo, niño por la edad, y anciano por la prudencia, ¡cuántas cosas me has dado que no he de pagarte!

50 | Fuera mi patria si el Lempa turbulento no me fuera tan caro; si este grande Poás tuviera las salvajes aristas del Chichontepec; si este Irazú gigante bordara su manto de zafiro con las púrpuras vivas del Izalco.

EN EL PARQUE CENTRAL

(De un libro en preparación)

El parque estaba casi desierto. Uno que otro paseante, sentado con aire de hastío sobre los bancos húmedos, esperaba la salida de misa, viendo al jardinero cavar en el rincón de un arriate. Algo de la unción mística del templo se había transmitido a las plantas, inmóviles. Los pajaritos, escondidos entre el follaje, callaban como temerosos de interrumpir la quietud de la mañana. No se oía más ruido que el de las gruesas gotas al caer de los higuerones, sacudidos por el salto de alguna ardilla.

Manuel entró, contoneándose, silbando entre dientes un trozo de *La favorita*, mirando a todas partes, moviendo en círculo su bastón de ballena. Iba apuesto, flamante, como para llamar la atención al primer golpe. Llevaba levita negra bien asentada sobre su chaleco de piqué, del cual salían, con elegancia descuidada, las puntas de su corbata blanca rayada de azul.

El aspecto tranquilo del parque, la serena tristeza de las flores, le contrariaron. Se halló como desorientado y sintió que le invadía cierta impaciencia mezclada de hastío. Tuvo in presentimiento de fracaso; pensó que aquella quietud, aquel silencio, auguraban la indiferencia que había de encontrar en las gentes; pensó que nadie notaría su llegada; que nadie se fijaría en su pie pequeño y bien calzado, en su fino pantalón crema, en su aire elegante, en su andar garboso; creyó que iba a pasar inadvertido, oscuro, y sintió que se iban sus sueños de conquista, su ambición de fama, todas sus esperanzas de triunfo, de vida alegre y fastuosa, de recepciones, de saraos, de crónicas, de bailes, de paseos. Quiso distraerse, y comenzó a pasear. Fue andando, a la

orilla de los arriates de grama húmeda aún por la lluvia. Vio las filas de corazón sangriento, con sus anchas hojas rojizas; los agapantos de color de lila; los lirios rosados; los postes de los faroles que se alzan a trechos, envueltos en sus mantos de enredaderas bordados de campánulas; siguió a los pajaritos acanelados que saltaban delante de él, hasta llegar a la esquina en que, junto al cerrito de piedras cubierto de palma oriental, vio la cruz en cuyo verdoso travesaño, leyó el rojo letrero que dice: “se prohíbe subir al zacate”. Allí atrajo su atención un gran cartel arrimado al tronco de una higuera, el anuncio de Circo Balabrega que anunciaba la función de la noche. “M’Il Elvera, la danze klolmotrope—Hoy será, hoy”. Se quedó parado, con los ojos fijos en los escaparates del Bazar, repletos de objetos raros. Luego, se entró por las avenidas, costeano los arriates sembrados de esquinsuches, de narcisos, de araucarias. Otra vez se paró, cerca de la magnolia que se alzaba inmóvil, pensativa, ostentando entre el follaje verde las blancas puntas de lanza de sus botones. Fue adelante, hasta el pilón central, y allí se disipó un tanto su tristeza al ver el angelito regordete, a caballo sobre un cisne de cuyo pico salta el agua, deshaciéndose en irisadas gotitas que caen sobre el rosetón de myosotis. Vio los penachos del platanillo, unos de púrpura, otros de oro, y el frescor del agua, y la carita alegre del angelito, y los juegos de la luz descompuesta por aquella lluvia diamantina, se llevaron sus ideas lúgubres. Volvió a ser el rey de la moda, volvió a triunfar, volvió a verse, en un baile, llevando del brazo a Arabela Meyer, la linda josefina; contándole episodios de su vida en Berlín, en Londres, en París...

Salió de allí, silbando, alegre, por una de las avenidas que van al templo, sin ver ya las flores, y fue a sentarse en un banco, a la sombra de un higuérón frondoso. Al frente se alzaba un pino escueto, de corteza resquebrajada y hojas verdinegras. Oprimido por el ramaje de la hihuera, con sus raíces hundidas en la tierra aguajosa, sin aire, sin el ósculo del viento en las alturas, estaba allí, triste, enfermo, con las hojas lacias, descoloridas, esforzándose por levantarse; había logrado, torciéndose, inclinándose, sacar la cabeza a plena luz, pero aquel esfuerzo le

había extenuado, y el resto de su cuerpo, flaco, marchito, indicaba una dolencia sin remedio. A lo largo del tronco una terrosa lagartija subía a saltitos, a buscar el calor y la luz.

Este espectáculo trajo otra vez a su mente las ideas sombrías. De nuevo sus ánimos desfallecieron, pensó en un fracaso posible; se vio solo, sin amigos, sin un céntimo, despreciado, olvidado, y tuvo la visión de un viejo que iba a pie, camino del puerto, hambriento, harapiento, sin saber a qué país encaminarse, sin valor y sin esperanzas... De pronto, un soplo de viento agitó los árboles; un diluvio de gotas cayó de los higuerones; un pajarito fue a picotear en un plátano que estaba ahí cerca, lujurioso, de cortas y anchas hojas, con las venas repletas de savia, la cepa rechoncha y fresca, medio ahogada por un laberinto de jazmines blancos.

Manuel alzó los ojos, al oír un grito sobre su cabeza; eran dos lapas, dos manchas de púrpura entre el verdor brillante de las hojas. En aquel momento, el corneta del cuartel lanzó sus notas penetrantes; los pajarillos rompieron en un concierto de gorjeos y silbos; las campanas vibraron, anunciando las doce, y de las puertas del templo salió desbordado un torrente de mujeres ricamente vestidas. Allá, a los lados, por entre los claros del ramaje, se veían, ondeantes, dando al viento su espléndida sinfonía de colores, las banderas de Costa Rica y Austria.

Los pensamientos negros se desvanecieron, la seguridad de sus fuerzas volvió a su ánimo; vio en aquellos repiques, en aquellas banderas, en el toque de diana del clarín, en el canturriar de los pajarillos, un presagio de dicha; una bienvenida, la ovación anticipada a su triunfo; y risueño, placentero, fue al encuentro de aquella avalancha de trajes vistosos y se confundió entre los paseantes.

LAS QUEBRADAS

A G. Martín

Bajábamos del Norte. Atrás quedaban los pinares con su rumor de océano en calma; los robles con sus cabelleras luengas de ancianos venerables. Aquí, la selva triste, desolada por el temporal. El suelo, un pantano sin orillas, resbaladizo y pegajoso. Los árboles, goteando, como atribulados por la ausencia del sol; las ramas desgajadas; las yerbas abatidas con la cabeza hundida en el lodazal, y ahí, a cien pasos, el torrente, bramando como un toro salvaje, azotando las rocas, dando saltos furiosos, estremeciendo con su profunda voz las silenciosas lejanías del bosque.

Quitó a los caballos los cabestros de cerda, hice de ellos un cable, lo até a un grande árbol de la orilla, arrollé a mi cintura el otro extremo y me eché al agua. Sentí como si dos manos poderosas me lanzaran a un precipicio. El cable, fuerte, flexible, resistió, crujiendo, tenso, y allá, en medio del turbio remolino, asordado por el estruendo, sacudido por los rudos empujes, tomé fondo.

Volví a la orilla, braceando sobre el cable, le añadí un bejuco suave y resistente, y otra vez me fui sobre la fiera; de un zarpazo me arrojó al otro lado; ató el bejuco a un árbol, y tuve un puente.

De pronto oí un grito: ¡afuera! ¡afuera! ¡ahí hay lagartos! Temblando, azorado, gané la orilla a toda prisa. Ahí estaban tres arrieros, con sus calzones arrollados hasta el muslo; los anchos pies desnudos, cubiertos de lodo espeso; al cinto, la daga estrecha y larga; echado al brazo el burdo chaquetón empapado; caída el ala del sombrero de palma amarillado por la lluvia; empuñando sus nudosas vardascas.

Pasamos. Nosotros, asidos al puente de bejuco; ellos, a nado llevando del diestro los caballos.

Caminamos unos trescientos metros por entre la arboleda callada y mustia, de cuyas hojas caían pausadamente las gruesas gotas, y vimos, ancha, tranquila, oscura, perezosa, la segunda quebrada, con la quietud aparente de los grandes ríos; mansa, bonachona, invitándonos a entrar en sus traidoras ondas.

Desefrenados los caballos, con el cabestro al cuello, flojas las cinchas, los lanzamos al agua, asidos nosotros a sus colas tendidas. ¡Hup! ¡Hup! ¡jarre! ¡vamos! ¡adelante! ¡en marcha! Rompiendo la corriente con sus robustos pechos, alta la cabeza, los crines flotantes, hinchidas las narices, resoplando, nos arrastraron a través de las aguas negruscas, de fuerza y rapidez increíbles.

* * *

56 | Llegamos a la otra. Turbia, lodaza, el agua avanza lentamente tragándose la selva. Los árboles, con las ramas caídas, la hojas desmayadas, hundidos los troncos en el cieno, parecen prisioneros resignados después de la lucha; otros, echados hacia adelante, semejan huir de la inundación que alcanza ya a sus raíces. Algunos, altos, erguidos, de ramaje enhiesto, remedan los paroxismos de un náufrago que alza la cabeza en busca de aire, y agita los brazos para encontrar un asidero.

Por los rugosos torsos de las ceibas, suben las lianas, como serpientes temerosas que van a refugiarse en la copa. Arriba, entre el ramaje, los pájaros miran al suelo tristemente; los saurios de terrosas escamas, medio caídas las dentadas crenchas, parecen náufragos salvados sobre una roca, inquietos aún ante la muerte.

Surcan el agua cenagosa, troncos podridos, ramas desgajadas, frutas verdes, flores silvestres, abrojos, no sé qué restos informes arrastrados de allá del fondo de la montaña virgen. A lo lejos se escuchan los estridentes gritos de los *chachas* y el profundo

rumor tembloroso del torrente.

A ratos, unos como troncos grisáceos se zambullen, y van a aparecer más allá, inmóviles de nuevo, mecidos apenas por el suave empuje de la corriente. Un viejo árbol muerto asoma sus largas ramas agrietadas y secas, como los descarnados y trémulos brazos de un anciano espirante: en una de sus ramas, inmóvil, petrificada, con un pie escondido entre el plumaje, la garza morena mira correr el agua, con sus ojos apagados y tristes.

Cinco viajeros más que encontramos a la orilla aumentan nuestra caravana. Ni la corriente ni la hondura son temibles, pero ahí están los cocodrilos hambrientos, entreabiertas las enormes mandíbulas, para tragarse lo primero que caiga en ellas.

Armados de largas varas, entramos prorrumpiendo en gritos. ¡Hola! ¡hola! ¡en marcha! ¡adelante!, y golpeamos con nuestras varas el agua que salta en lluvia opaca, mientras las ocho bestias aumentan el ruido con su manoteo acompasado y sus resoplidos de espanto.

A un lado y otro, los troncos verdosos se escapan velozmente sacando a veces sus grandes fauces abiertas, con sus largas filas de dientes blanquiscos, y fijan en nosotros sus ojillos oblicuos de codiciosas miradas.

Salimos, y queda otra vez, quieto, tranquilo, oscuro, silencioso, el enorme desierto de agua.

La colección “Leer para disfrutar”, del diario *La Nación*, crece con el interés de sus lectores. Nuestros títulos publicados son:

- Poe, Edgar Allan, *Los crímenes de la calle Morgue y otros cuentos*, 1.
Wilde, Oscar, *El fantasma de Canterville y El crimen de Lord Arturo*, 2.
Stevenson, Robert Louis, *El extraño caso del doctor Jekyll y Mister Hyde*, 3.
Zweig, Stefan, *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, 4.
Turguenev, Iván, *Primer amor*, 5.
De Alarcón, Pedro Antonio, *El sombrero de tres picos*, 6.
Anónimo, *Cuentos de Las mil y una noches*, 7.
Kipling, Rudyard, *El hombre que quiso ser rey*, 8.
Doyle, Arthur Conan, *El problema final de Sherlock Holmes*, 9.
Chéjov, Antón, *La dama del perrito y otros cuentos*, 10.
Mansfield, Katherine, *La felicidad*, 11.
Conrad, Joseph, *El duelo*, 12.
Dickens, Charles, *Cuento de Navidad*, 13.
Carrol, Lewis, *Alicia en el país de las maravillas*, 14.
Kafka, Franz, *La metamorfosis*, 15.
Eça de Queiroz, José María, *El mandarín*, 16.
Del Valle-Inclán, Ramón, *Sonata de primavera y El miedo*, 17.
Lyra, Carmen, *Los cuentos de mi tía Panchita*, 18.
Twain, Mark, *El diario de Adán y Eva, y otros cuentos humorísticos*, 19.
De Maupassant, Guy, *La aparición y otros cuentos*, 20.
Dostoievski, Fédor, *Las noches blancas*, 21.
London, Jack, *La llamada de lo salvaje*, 22.
James, Henry, *Otra vuelta de tuerca*, 23.
Quiroga, Horacio, *Cuentos de la selva*, 24.
Melville, Herman, *El vendedor de pararrayos y otros cuentos*, 25.
Dobles, Fabián, *Historias de Tata Mundo*, 26.
Gógol, Nikolái, *El diario de un loco y otros cuentos*, 27.
Irving, Washington, *Cuentos de la Alhambra*, 28.
De Saint-Exupéry, Antoine, *El principito*, 29.
Poe, Edgar Allan, *El entierro prematuro y otros cuentos de suspenso*, 30.
Hawthorne, Nathaniel, *El asesinato repetido y otros cuentos*, 31.
Gautier, Théophile, *La muerta enamorada y otros cuentos*, 32.
Mérimée, Prosper, *Carmen*, 33.
Brown, Frederic, *No mires atrás*, 34.
Wilde, Oscar, *El Príncipe Feliz y otros cuentos*, 35.
Hoffmann, E. T. A., *El Cascanueces, y otros cuentos de Navidad*, 36.

- Saki, *Cuentos crueles*, 37.
- De Alarcón, Pedro Antonio, *El Capitán Veneno*, 38.
- Wells, H. G., *La guerra de los mundos (primera parte)*, 39.
- Wells, H. G., *La guerra de los mundos (parte final)*, 40.
- De Nerval, Gérard, *La mano encantada y otros cuentos de suspenso*, 41.
- Anónimo, *Robin Hood*, 42.
- Alas "Clarín", Leopoldo, *La rosa de oro y otros cuentos*, 43.
- Tolstói, León, *La muerte de Iván Ílich*, 44.
- Stevenson, R. L., *Ladrones de cadáveres y otros cuentos*, 45.
- Doyle, Arthur Conan, *Estudio en escarlata (primera parte)*, 46.
- Doyle, Arthur Conan, *Estudio en escarlata (parte final)*, 47.
- Humo sobre la pradera y otros cuentos del Oeste*, 48.
- Zweig, Stefan, *Carta de una desconocida*, 49.
- Varios autores, *Cuentos clásicos infantiles*, 50.
- Lugones, Leopoldo, *La lluvia de fuego*, 51.
- Kipling, Rudyard, *El libro de la selva (primera parte)*, 52.
- Kipling, Rudyard, *El libro de la selva (parte final)*, 53.
- Salgari, Emilio, *El Corsario Negro*, 54.
- Lovecraft, H. P., *El que habita en las tinieblas*, 55.
- Wells, H. G., *El hombre invisible (primera parte)*, 56.
- Wells, H. G., *El hombre invisible (parte final)*, 57.
- De Balzac, Honoré, *El elixir de la larga vida y otros cuentos*, 58.
- Irving, Washington, *La leyenda del jinete sin cabeza y otros cuentos*, 59.
- Dickens, Charles, *La mujer del velo negro y otros cuentos de fantasmas*, 60.
- Stendhal, *El arca y el aparecido, y otros cuentos*, 61.
- Palma, Ricardo, *Los caballeros de la capa y otras tradiciones*, 62.
- Gustave, Flaubert, *La leyenda de san Julián el Hospitalario*, 63.
- James, Rhodes Montague, *El misterio del número 13 y otros cuentos*, 64.
- Chesterton, G. K., *Los tres instrumentos de la muerte y otros cuentos policiales*, 65.
- Baum, Lyman Frank, *El mago de Oz (primera parte)*, 66.
- Baum, Lyman Frank, *El mago de Oz (parte final)*, 67.
- Doyle, Arthur Conan, *El regreso de Sherlock Holmes*, 68.
- Salten, Felix, *Bambi (primera parte)*, 69.
- Salten, Felix, *Bambi (parte final)*, 70.
- Collins, Wilkie, *La dama del sueño y otros cuentos de misterio*, 71.
- London, Jack, *Amor a la vida y otros cuentos*, 72.
- Barr, Robert, *El club de los distraídos y otros cuentos policiales*, 73.
- Irving, Washington, *Los buscadores de tesoros*, 74.
- Barrie, J. M., *Peter Pan (primera parte)*, 75.

Barrie, J. M., *Peter Pan (parte final)*, 76.
 Rilke, Rainer María, *Historias del buen Dios*, 77.
 Conrad, Joseph, *La posada de las brujas*, 78.
 Wells, H. G., *Un fantasma sin experiencia*, 79.
 Blackwood, Algernon, *La amenaza del Wendigo*, 80.
 Andersen, Hans Christian, *La Reina de las Nieves*, 81.
 Glasgow, Ellen, *El sombrío tercer piso*, 82.
 O'Brien, Fitz-James, *La extraña criatura*, 83.
 Dickens, Charles, *El grillo del hogar (primera parte)*, 84.
 Dickens, Charles, *El grillo del hogar (parte final)*, 85.
 McIntosh, J. T., *Inmortalidad... para algunos*, 86.
 Blackwood, Algernon, *El pueblo hechizado*, 87.
 Kipling, Rudyard, *Los enterradores y otros cuentos de la selva*, 88.
 Doyle, Arthur Conan, *El misterio de los seis napoleones*, 89.
 Voltaire, *La princesa de Babilonia*, 90.
 Arlt, Roberto, *Los cazadores de marfil y otros cuentos*, 91.
 Colette, *La Gata*, 92.
 Conrad, Joseph, *El corazón de las tinieblas (primera parte)*, 93.
 Conrad, Joseph, *El corazón de las tinieblas (parte final)*, 94.
 Pérez Galdós, Benito, *Torquemada en la hoguera*, 95.
 Verne, Julio, *Gil Braltar y otros cuentos*, 96.
 Bierce, Ambrose, *Algunas casas encantadas y otros cuentos*, 97.
 Benson, Edward Frederic, *El cuerno del terror y otros cuentos de misterio*, 98.
 Stoker, Bram, *El huésped de Drácula y otros cuentos*, 99.
 Darío, Rubén, *Cien grandes poemas*, 100.
 London, Jack, *El diente de ballena y otros cuentos*, 101.
 Atherton, Gertrude, *La muerte y la condesa, y otros cuentos de mujeres*, 102.
 Pardo Bazán, Emilia, *Cuentos de amor*, 103.
 Hawthorne, Nathaniel, *El ferrocarril celestial y otros cuentos*, 104.
 Scott, Walter, *La historia de Willie el vagabundo y otros cuentos*, 105.
 Alas "Clarín", Leopoldo, *Avecilla y otros cuentos*, 106.
 Dumas, Alejandro, *La dama de negro y otros cuentos*, 107.
 Stevenson, Robert Louis, *El club de los suicidas*, 108.
 Wharton, Edith, *Ethan Frome*, 109.
 Swift, Jonathan, *Un viaje a Liliput*, 110.
 Lamb, Mary y Charles, *'Cuentos' de Shakespeare*, 111.
 Wallace, Edgar, *Cinco narraciones inquietantes*, 112.
 Andersen, Hans Christian, *Bajo el sauce y otros cuentos*, 113.
 Afanásiev, Alexander Nikoláevich, *El niño prodigioso y otros cuentos*, 114.
 Bierce, Ambrose, *El clan de los parricidas y otros cuentos*, 115.

- Woolf , Virginia, *La señora en el espejo y otros cuentos*, 116.
 Daudet, Alphonse, *El sitio de Berlín y otros cuentos*, 117.
 Palma, Ricardo, *Mujer y tigre y otras historias*, 118.
 Pushkin, Alexandr, *Un disparo memorable*, 119.
 Lawrence, D. H., *La frontera y otros cuentos*, 120.
 Asensi, Julia de, *Santiago Arabal y otros cuentos*, 121.
 Blackwood, Algernon, *Una invasión psíquica*, 122.
 Hernández, José, *El gaucho Martín Fierro* , 123.
 Kuttner, Henry, *Las ratas del cementerio y otros relatos* , 124.
 Pardo Bazán, Emilia, *Cuentos de Navidad* , 125.
 Bret Harte, Francis, *'El Monte del Diablo' y otros cuentos*, 126.
 Schnitzler, Arthur, *El destino del barón Von Leisenbohg*, 127.
 Hernández, José, *La vuelta de Martín Fierro*, 128.
 Quiroga, Horacio, *Los fabricantes de carbón y otros cuentos*, 129.
 London, Jack, *La peste escarlata*, 130.
 Schnitzler, Arthur, *El ciego Jerónimo y su hermano, y otros cuentos*, 131.
 Voltaire, *Cándido o el optimismo*, 132.
 Palacio Valdés, Armando, *El pájaro en la nieve y otros cuentos*, 133.
 Crawford, Francis Marion, *La calavera que gritaba*, 134.
 De Maupassant, Guy, *El albergue y otros cuentos*, 135.
 Lovecraft, Howard Phillips, *El abismo en el tiempo*, 136.
 Mann, Thomas, *La muerte en Venecia*, 137.
 London, Jack *'La liga de los ancianos' y otros cuentos del Klondike*, 138.
 McIntosh, J. T. *'Misión en Venus' y otros cuentos*, 139.
 de Unamuno, Miguel *'Abel Sánchez' Una Historia de Pasión*, 140.
 de Balzac, Honoré *El Coronel Chabert* , 141.
 Esopo, *Fábulas*, 142.
 Campbell, John W., *El visitante del espacio*, 143.
 Blasco Ibáñez, Vicente, *La cencerrada y otros cuentos*, 144.
 Eurípides, *Las Troyanas, El Cíclope y Medea, teatro griego*, 145.
 Mérimée, Prosper, *Mateo Falcone*, 146.
 Chéjov, Antón, *Enemigos y otros cuentos*, 147.
 G. K. Chesterton, *El paraíso de los ladrones*, 148.
 Machado de Assis, Joaquim Maria, *El secreto de Augustay otros cuentos*, 149.
 Echeverría, Aquileo *Concherías y otros relatos*, 150.
 Leblanc, Maurice, *Arsenio Lupin contra Herlock Sholmes (primera parte)*, 151.
 Leblanc, Maurice, *Arsenio Lupin contra Herlock Sholmes (parte final)*, 152.
 Efremov, Iván, *La bahía de las corrientes irisadas y otros cuentos*, 153.
 Wells, H. G. *El bacilo robado y otros cuentos*, 154.

del Valle-Inclán, Ramón. *Tirano Banderas. Novela de tierra caliente (primera parte)*, 155.

del Valle-Inclán, Ramón. *Tirano Banderas. Novela de tierra caliente (parte final)* 156.

de la Cruz, Sor Juana Inés. *Romances y otros poemas* 157.

Quiroga, Horacio. *Cuentos de amor de locura y de muerte* 158.

Varios autores. “*Posesión luminosa*” y otros poemas de la *Generación de 1927*. 159.

Defoe, Daniel (Primera parte). *Diario de una peste*. 160.

Defoe, Daniel. (Segunda parte). *Diario de una peste*. 161.

Scott Fitzgerald, Francis. *El gran Gatsby, (Primera parte)*. 162

Scott Fitzgerald, Francis. *El gran Gatsby, (Segunda parte)*. 163

García Lorca, Federico. *Romancero gitano y algunas narraciones*. 164

Crane, Stephen. *Maggie, una chica de la calle*. 165

Gagini, Carlos. *La caída del águila (Parte primera)*. 166

Gagini, Carlos. *La caída del águila. (Parte final)*. 167

Joyce, James. *Un triste caso y otros relatos*. 168

Weinbaum, Stanley G. *Máxima adaptabilidad y Rescate de un secreto*. 169

Kafka, Franz. *Josefina la cantora, o El pueblo de los ratones y otro cuentos*. 170

Sand, George. *La marquesa y otros cuentos*. 171

Valera, Juan. *El caballero del Azor y otros cuentos*. 172

Tolstói, León. *Historia de un caballo*. 173

Varios autores. *Marte inesperado y otros relatos costarricenses de ciencia-ficción*. 174

Dostoyevsky, Fyodor . *Noches blancas.*. 175

Collodi, Carlo. *Las aventuras de Pinocho (Primera parte)*. 176

Collodi, Carlo. *Las aventuras de Pinocho (Primera final)*. 177

Miguel de Cervantes. *Rinconete y Cortadillo*. 178

Darío, Rubén. *El rey burgués y otros cuentos*. 179.

France, Anatole. *Cuentos fantásticos*. 180.

Akutagawa, Rynosuke. *Cuentos japoneses*. 181.

Echeverría, Esteban. *Esteban Echeverría*. 182.

Bulgácov, Mijaíl. *Morfina*. 183.

Hernández, Miguel *Viento del pueblo | El rayo que no cesa*. 184.

Baldomero Lillo *Los inválidos y otros cuentos*. 185.

Roberto Arlt *El jorobadito y otros cuentos*. 186.

O. Henry *Memorias de un perro amarillo y otros cuentos*. 187.

Teresa de la Parra *Las memorias de Mamá Blanca (Primera parte)*. 188.

Teresa de la Parra *Las memorias de Mamá Blanca (Parte final)*. 189.

ALBERTO MASFERRER

(1868-1932)

Filósofo, periodista, ensayista, poeta y político salvadoreño, que marcó toda una época en la literatura de su país con su pensamiento inclinado a la defensa de los más desposeídos. Nacido en Alegría (antes Tecapa), desde muy joven vivió en Guatemala, Honduras y Nicaragua, donde desempeñó diversas ocupaciones. Posteriormente, se involucró en actividades periodísticas y empezó a publicar sus primeros escritos. En la década de 1890, fue designado cónsul en diversos países de América Latina y Europa. En 1930 fue elegido diputado como parte del movimiento encabezado por Arturo Araujo, cuyo gobierno fue derrocado por Maximiliano Hernández Martínez. Por presión de la nueva dictadura, Masferrer fue expulsado de Guatemala, donde se había establecido tras la caída de Araujo. Debió trasladarse a Honduras, en cuya capital falleció el 4 de setiembre.

En Costa Rica es una recopilación de crónicas publicadas en la prensa hacia 1900, que describen las experiencias de Masferrer en Costa Rica. El viaje al pasado que este texto posibilita invita a la sociedad costarricense actual a compartir críticamente las experiencias de Masferrer y, por esta vía, a reconocer cuánto de lo que Costa Rica fue ya no es, y qué permanece de lo que era en 1900.

El libro lo completan dos textos de Masferrer muy poco conocidos, que fueron publicados en el *Diario de Costa Rica* en 1897: "En el Parque Central" y "Las quebradas".



7 441025 501739

Leer para Disfrutar

Leer es una fiesta. Para entrar en ella, este libro es una llave de papel. El diario La Nación ofrece ahora libros excelentes, a muy bajo precio, para que nadie en la familia se quede fuera del encuentro entre el buen lector y la mejor literatura.

LA NACIÓN

